

me dé con la puerta en los ojos y me eche de sí, ¡desdichado de mí!, con aquella terrible sentencia: no sé quién eres, "nescio te,"?

Por tanto, me ofrezco con toda el alma á Cristo nuestro Salvador; no tengo otras ansias sino de alistarme en la bandera de su Compañía. No seréis vosotros, así me lo persuado, tan faltos de juicio, que os empeñéis en resistir á Jesucristo. Lei en una historia que los egipcios sacrificaban sus hijos á un dios falso que era un cocodrilo, y viendo despedazar aquellos miembros delicados por los dientes de la fiera, los padres hacían fiestas y danzas. ¿Cuánta mayor razón tenéis vosotros de alegraros y alabar á Dios, y darle gracias, pues os cabe la fortuna, ya que no de dar, por no ser vuestro, de devolver á Dios un hijo que tenéis?

Me recomiendo en vuestras oraciones. Ojalá su Divina Majestad me conceda la gracia de perseverar hasta el fin de mis días, y luego á vosotros y á mí la gloria sin fin.

Hijo obediente de Jesucristo y vuestro,

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO IX.

ENTRA BERCHMANS EN LA COMPAÑÍA.

- I. Comienza la lucha.—Vuela su padre á Malinas.—Procura reducir al hijo.—Desahoga su pecho con el confesor.—Respuesta que éste le dió.
- II. Examinan los Padres Capuchinos la vocación de Berchmans.—El Padre Guardián le estrecha con argumentos y al fin aprueba su entrada.—Otro Padre Capuchino intenta apejar á Juan de su propósito.—Contra temeridad, fortaleza.
- III. Exitó feliz.—Carta apremiante á los padres.—Buscan ellos largas.—Dios se las ataja.—Carta decisiva.—Otro asalto en Malinas.—A porfiada lucha, nobilísimo triunfo.

I

TAL fué la carta de Berchmans. Abrirla, leerla y volar á Malinas el honrado cortidor, todo fué un solo punto. La novedad de una declaración como ésta le desconcertó, le consternó y agrió todo su gozo. Llega á Malinas; habla con su hijo. ¿Quién contará las razones que le sugirió el cariño paternal? ¿Con qué viveza le representaría las largas y duras privaciones que habían arrostrado él y su madre por sostener sus estudios? ¿Con qué blandura le confesaría que ahora vivían ya resignados á sufrir, teniendo cercana la hora de gozarle y de ver por su medio levantado al esplendor antiguo de sus

mayores la abatida familia, añadiendo cuentos de humanas razones al través de las cuales se traslucían muy bien los artificios del amor?

Juan, á todo esto, lejos de acobardarse, agradeció el afecto que su padre le mostraba, y sin anteponer el respeto á la firmeza, respondió con gran despejo que aquellas reflexiones se las tenía él meditadas muy despacio; que, á pesar de ellas, no estaba en su mano desoir la voz de Dios que le llamaba; hartos motivos tenía para ello; á no ser así, jamás se le hubiera ofrecido el intento de hacer aquel sacrificio: y con esta claridad dejó correr la consideración por razones tan poderosas, acudiendo á todos los puntos sin dejar lugar á réplica, que el padre llegó á sospechar (como si no pudiera llegar á tanto su natural discreción), que no salía de sus manos aquella trama y que alguien se la había urdido. Y creyendo haber dado con el hilo de todo el enredo, cual si una centella escandeciera su pecho, sin perder tiempo toma la puerta, vase al Colegio, y revuelta la cólera contra el P. de Greeff, confesor de su hijo, le carga la culpa de todo.

El P. de Greeff, varón enseñado á presenciar desahogos de pasiones humanas, concediendo los primeros ímpetus al enojo de un corazón irritado, oyó mansamente con rostro sereno; y después que vió puestos de por medio los sollozos, terminada la arenga, con igualdad en la voz y en el semblante le respondió lo que él mismo refiere en un documento arriba citado por estas palabras: *Yo se lo negué; y protesté, como era verdad, que no había insinuado á su hijo aquella determinación; que él había sido quien, cediendo á los toques de la gracia, había tomado la delantera y comunicádome su pensamiento; que las*

razones con que me probó que su vocación era de Dios, me habían dado á entender que otro maestro ilustraba su entendimiento y esforzaba su voluntad; que me consultó y yo le animé; y á fe, añadí, que no me sobresaltó ni se me hizo nueva la resolución, según conocía yo su rectitud; que, en fin, me obligó á dar pasos, y en ellos no hice, por cierto, más de lo que hubiera yo deseado para mí en ocasión parecida. Yo fui también, le dije, como Juan, de familia pobre; hijo también de zapatero¹, y no el mayor, sino el único apoyo de la vejez de mis padres. Muchos días combatieron mi voluntad de entrar en la Compañía, y, recuerdo, casi con los mismos argumentos procuraban detenerme, pero logré aplacarlos con ciertas razones que les puse por delante, y entre ellas una era ésta: Cuando se ven padres que, sin tener en cuenta el beneficio que les hace Dios con llamar á sus hijos á vida religiosa, todo se les va en embarazar el camino que su Divina Majestad les abre, ¿no es verdad que se engañan extrañamente, si luego esperan que los hijos así desviados del recto sendero les han de ayudar con socorros ó consuelos temporales? Según esto, no es de provecho para una familia resistir á la voluntad del cielo. Yo tengo gran confianza que Juan en la religión atraerá sobre sus padres y parientes las bendiciones de Dios, algo más importantes, por cierto, que el mezquino lustre que pudiera procurarles si, que-

¹ De esta expresión que tiene el P. de Greeff en su carta, pretendieron algunos sacar que el padre de Berchmans fué zapatero. Mas como los oficios de curtidor y zapatero se dan tanto la mano y se reducen á manejar cueros, pudo bien ser que el P. de Greeff los confundiese en uno, si no digamos que ejerció entrambos á la vez. A la mano del discreto lector queda, si le parece de importancia, la definición de este punto.

dándose en el mundo, lograse un buen curato ó una prebenda honrosa. — Hasta aquí el P. de Greeff.

De esta suerte tuvo que lidiar á brazo partido con el desconsuelo de aquel padre, á quien la fuerza del dolor no dejaba enjugar las lágrimas. Finalmente, la mucha cristiandad se sobrepuso en el corazón del buen hombre, y pareció llevar la ventaja. *Recuerdo, concluye el P. de Greeff, que otras muchas cosas añadí esforzando el mismo intento; el padre de Juan no podía contener el llanto; al fin, me pareció se conformaba y quedaba más sereno.*

Retiróse en apariencia sosegado, pero no había de quedar el triunfo á tan poca costa decidido. Restituyóse á Diest á tratar con su esposa la gravedad del asunto, y á ver de poner en ejecución la libertad que el P. de Greeff les daba de probar por los medios posibles si aquella vocación venía de Dios ó era veleidad y capricho de mozo, en especial cuando tanto importaba al pretendiente, á la religión y á ellos fuese su vocación bien probada y no atropellada ni llevada por violencia.

Porque eran tan cristianos los padres de Juan, haciales su carta grandísima fuerza. Entendían por una parte, que Dios, cuando graciosamente convida á la práctica de los consejos evangélicos, no manda ni obliga con tanto rigor de precepto que cuente por pecado grave la negligencia en seguir el llamamiento divino; por otra parte, se les alcanzaba que en tales circunstancias y con tan vivas voces podía ser llamase Dios á su hijo, que el tenerlas en poco les fuera á él y á ellos ocasión de grave culpa y camino á la ruina espiritual, comoquiera que sólo Dios conoce los barrancos y atolladeros que tal vez esperan al que

deba salvar su alma fuera de la sombra del claustro. Sabían ellos muy bien esta doctrina, y consideradas y aprobadas las razones de la última carta que la resumían, estaban lejos de querer incurrir en el anatema fulminado por el Sacrosanto Concilio de Trento contra los que ponen trabas á la vocación religiosa ¹.

Resistir ellos al llamamiento de Dios, tuviéranlo por imprudencia, ingratitude, impiedad. Mas ¿quién les aseguraba que no eran ilusorias aquellas voces? El mismo Padre director no estaba privilegiado de ilusiones; bastábale á Juan ejercitar las virtudes propias del Sacerdocio, sin meterse en apostolados; si por vida santa iba, ¿tanta ventaja llevaba al clérigo en el mundo el religioso en su convento? ¿Faltaban acaso en la familia sacerdotes ejemplares? La conclusión de estos discursos fué participar los padres á personas experimentadas y de toda satisfacción el negocio, para que hiciesen examen despacio y según Dios, pues ellos libraban en sus manos el corte y resolución.

II

HABÍA en Malinas un convento de Capuchinos, donde moraba un pariente de la madre de nuestro santo. Parecióle al padre de Juan podía descansar en el dictamen de estos religiosos, estimados por su proverbial desinterés y discernimiento. Partió otra vez para Malinas, hizo diligencias con el Padre guardián de dicho convento, y enterándole del caso, le manifestó que

¹ Sess. XXV de Regular. et monial., cap. xvii.

antes de despedirse de su hijo, en quien había cifrado las esperanzas, pensaba tomar consejo de su Reverencia, y para entera satisfacción en cosa de tanta gravedad, le dejaba encargado estrechase al joven con todos los argumentos y con la mayor fuerza que supiese, teniendo siempre á la vista los apuros de la familia, porque á él se le figuraba que no eran más que fervores de muchacho; sin embargo, que le examinase escrupulosamente, por Dios, pues tampoco pretendía forzar pareceres; que en todo al suyo gustoso se remitía, del cual deseaba le diese luego aviso. Con esto, y con mandar á Juan descubrirse con toda sinceridad á los padres Capuchinos, tomó la vuelta de Diest, adonde le llamaban las obligaciones y la viva solicitud de su mujer y parientes.

El santo mancebo, seguro y todo de que no podía caber duda en la verdad del divino llamamiento, recurrió primero á la oración, donde solía templar y redoblar los aceros, y después con el valor en el pecho, el aliento en las palabras, en el alma la confianza, presentóse al Padre guardián de Capuchinos, y con mucha lisura dióle cabal razón de las operaciones que la gracia de Dios obraba en su alma algunos meses hacía. Echó bien pronto de ver el Padre que la mano de Dios andaba en el asunto. Tentó no obstante el vado, y se esforzó en proponerle por una parte las graves dificultades que en la Compañía se le habían de ofrecer en los ministerios apostólicos, y por otra el incomparable bien que pudiera hacer en el mundo con el buen celo y santa vida.

A todos estos reparos satisfizo Berchmans con humildad y entereza, diciendo: *omnia possum in eo qui me confortat*, todo lo puedo con el favor de Jesús que sostiene mi flaqueza. Y así fué respon-

diendo con mucha paz y con gran soltura al largo papel de inconvenientes, no contrarrestando á las razones sino con otras eficacísimas en que campeaban la fortaleza, la discreción y madurez. Llenóle al Padre guardián aquella fina manera de cortar dificultades, y asombrado á vista de propósito tan heroico, no sólo tuvo por imprudente toda ulterior tentativa, sino que trocando el papel de juez en el de padre benigno, después de graduar por muy legítima aquella vocación, le animó y obligó á dar cima á tan santo pensamiento.

Menos avisado que el superior anduvo el Capuchino pariente que dijimos. Engañado por una torcida inclinación y dando oídos á las voces de carne y sangre, intentó hacer guerra abierta á los deseos de su primo, so capa de examinarlos, con el fin de derribarle de la resolución si pudiera. Si buena intención le movió, cególe el interés de familia y le hizo desbarrar; yerro que Dios permitió para mayor bien de su siervo. Visitábale con frecuencia en casa del canónigo Froymont, representándole en cada visita los trabajos con que le habían criado sus padres, y las angustias en que los dejaba sumidos, y aun se atrevió á tachar de temeraria aquella su determinación. Al principio sufría Juan las descargas con paciencia, porque le sobraban razones para defender que mayor obligación le corría de acudir al servicio del Padre del cielo, que al interés del de la tierra; y le repetía que Dios quiere, sí, que amemos á los padres y parientes, pero para lo que él mismo los ama, para que nos dejen ser hijos y siervos suyos. Pero el deudo no amainaba en su empeño de dar y tomar sobre lo mismo. Viendo Juan que traía tan mal disimulada la intención cuando de tan pobres recursos la socorría, y que sin hacer

caso de las respuestas volvía siempre á la carga con las mismas instancias, revestido de aquella firmeza tan propia de su natural, harto ya de satisfacer á las réplicas del importuno tentador, le dijo con sequedad entre blando y mohino: "Padre mío, no son esos los consejos que debiera yo esperar de Vuesa Paternidad; razón tenía yo de suponer que Vuesa Reverencia haría más caso de la voluntad de Nuestro Señor que manifiestamente me llama. Y pues nada adelantamos, perdone su Reverencia." Y diciendo esto, se levanta de repente, toma al huésped de la mano, le acompaña á la puerta, y abriéndola dícele con mucha viveza: "Padre mío, por aquí se va á la calle. Si su celo no le aconseja otra cosa más que decirme, váyase con Dios enhorabuena á su convento por el camino por donde se vino ¹."

III

EL guardián de Capuchinos y el deudo de Isabel participaron á los parientes de Diest cómo les habían salido en blanco todos los esfuerzos, y las señales inequívocas de divino llamamiento en el asunto de Juan Berchmans. No pensaron más los de Diest en combatir de frente aquella torre inexpugnable, pero se persuadieron que la acción del tiempo, que todo lo desmorona, lograría tal vez el tiro que habían errado sus diligencias, y así, creyendo ganar si ganaban tiempo, escribieron á su hijo pidiéndole cinco ó seis meses

¹ *Subindignari Joannes... et cubiculi domusque ostia ostendere, et nisi de aliis rebus loqui in animum induceret qua venerat via egrederetur.* (Proc. rom., pág. 353.)

de tregua, porque no es bien, decían, que tan costoso sacrificio se haga de nuestra parte sin la debida preparación.

Por esta carta entendió el Santo se iba serenando la primera tempestad y prometía bonanza. No hubiera sido difícil, absolutamente hablando, dar largas á su entrada, pero aquel Dios de bondad tenía de continuo puesta la mano en el corazón de su siervo llamándole cada vez más recio, por manera que Juan no podía ensordecer á sus voces, ni era ésta ocasión de contemporar con la pretensión de sus padres. Viéndose dueño del campo se tuvo fuerte, con nuevos argumentos los apretó y quiso acabar de una vez escribiéndoles una segunda carta, digna ciertamente de ser meditada por los que se hallan en trances parecidos, en la cual les contesta que dentro de quince días, no más, espera verse en el noviciado de la Compañía. Es de primeros de Septiembre (de 1616); dice así:

Venerando padre y queridísima madre:

Mucho me gozo de tener nuevas de vuestra salud. Ruego al Señor con toda mi alma os la conserve á todos, y tengo razón de esperar que la eterna bondad se servirá oír mis deseos.

Dios Nuestro Señor me llama á vida religiosa, y me hace fuerza á que entre en la religión de la Compañía, en donde, con vida de ángeles, se goza un cielo anticipado en la tierra. Para vosotros, tanto como para mí, es éste señaladísimo beneficio del Señor, y por él debiéramos darle continuas gracias. Lo que no me cabe en el pensamiento es que vosotros queráis obligarme á cerrar los oídos á las voces de Dios, y á dejar para dentro de cinco ó seis meses la correspon-

dencia á mi vocación. No es razón, queridos padres, y este es un punto muy importante, no es razón faltar al querer de Dios por complacer á los hombres. Cristo Nuestro Señor, habiendo llamado á un joven en su seguimiento, no le dió tiempo siquiera para cumplir con el entierro de su padre, con ser esta obra honesta y negocio de pocas horas. A otro que quería solamente despedirse de sus amigos, dióle por respuesta aquella espantosa sentencia: "El que una vez echó mano al arado y vuelve los ojos atrás, no es para el reino de Dios." ¿Y por qué motivo, pensamos, obró y habló así Jesucristo? No por otro sino para darnos á entender que debemos sin dilaciones ni treguas seguir la vocación divina. Yo quiero, venerados padres, seguir la mía; quiero ser del bando de Cristo, quiero asegurar mi salvación; quiero atajar los efectos de aquella espantosa amenaza: "vocavi et renuisti; ego quoque in interitu tuo ridebo, yo te llamé, y tú me desoíste; pues yo tengo de reirme de tu ruina." Por estas razones, sin más prórroga, espero, confiado en la gracia de Cristo, verme dentro de quince días entre mis hermanos en la casa de Dios.

Tengo por cierto que las oraciones de esos mis hermanitos, las vuestras, y las mías también por más que sean de poquisimo valor, me han de alcanzar de Nuestro Señor gracia para perseverar hasta el fin en esta buena voluntad, así como se dignó inspirármela.

Vuestro hijo obediente,

JUAN BERCHMANS.

El espíritu cristiano que guiaba á los padres del valeroso joven, y el deseo de ver cumplida la

voluntad de Dios pudo más al cabo con ellos que los intereses de familia. Los que buscaban la dicha de su hijo, trataron por fin de no poner más obstáculos á la prosecución de su intento.

Tres años y medio habían transcurrido desde que Juan había salido de Diest, y parecía muy puesto en razón que antes de separarse, tal vez para siempre, de los que tanto le querían, se despediese de ellos, los abrazase y les diera el último adiós. Escribiéronle instándole encarecidamente, que ya que les quería dar tan gran sentimiento, no negase á sus parientes, siquiera por algunos días, el consuelo de verle y de gozarle. Lo que en realidad pretendían, ó pretendía el maligno tentador que allí le tenía oculta la zalagarda, era armarle el último lazo, y viéndole cerca, solo y en escampado, saltarle y combatirle con promesas, súplicas y halagos, rogadores que sabe inventar el amor para dar al través con la voluntad mejor dispuesta. Excusa merecía, no alabanza, la pretensión de estos sencillos padres. Pero Nuestro Señor tomó con bondad la mano, y llevando las cosas por otro rumbo, descaminó aquel ardid, con que más de una vez ha logrado el enemigo de todo bien debilitar la firmeza de generosas vocaciones.

Al canónigo Froymont, que ya no podía tolerar la porfía de la lucha, púsole Dios en el pensamiento no consintiese el viaje solicitado por los de Diest; por la mucha pena que le daba ver el estado de cosas estorbó la determinación. Con este motivo escribió Berchmans á mediados de Septiembre (1616) una tercera carta del tenor siguiente:

Mi venerado padre y queridísima madre:

Con gran satisfacción leo en vuestra última que lo pasáis todos sin novedad. Nuestro Señor se digne daros largos años de vida, como yo se

lo pido y suplico. Mi amo y señor no cree conveniente que yo vaya á esa como vosotros parece desedís: sus razones se tiene él para ello, muchas y poderosas. Por lo que suplicoos humildemente á vos, venerado padre, y á vos también, amadísima madre, por el mucho cariño que nos tenemos, os sirváis ponerlos en camino para estar aquí el miércoles, á más tardar, en el coche que viene de Monteagudo á Malinas, ó si no en el carruaje de Esteban. Vuestra visita me será de mucho consuelo: se despedirán mutuamente nuestros corazones; y después entregaréis este vuestro hijo al servicio de aquel Señor que me confió á vuestro cuidado.

Una cosa deseo dejaros encomendada, y pido con instancia me la cumpláis. Pues no tengo tiempo para ir en persona, y cada hora se me hace un siglo, tened á bien de subir por mí al Santuario: vayan también con vosotros mis dos tías, mi hermano, y los amigos que se interesan por el bien de mi alma. Allí podréis comulgar, y después presentaréis á la Sacratísima Virgen y á su benditísimo Hijo la ofrenda de vuestro Juan con aquella resignación y alegría que la bienaventurada Madre sintió al ofrecer al Eterno Padre su amado Jesús. No obstante, si la subida á Monteagudo hubiera de imposibilitar ó retardar vuestra venida, mejor sería dejarla para la vuelta.

Recomiendo encarecidamente á vuestra caridad el bueno del mozo que por atención á mi amo y por darme gusto á mí se ofreció á ser portador de la presente. Tratádmelo á cuerpo de rey; que se aloje en casa, ó si no en casa de la abuela. Presentad mis cordiales afectos al abuelo, á los tíos y á mi bondadoso y particular favo-

recedor el Rdo. Sr. Chantre Groenendonck. A todos suplico se dignen tenerme presente en sus oraciones. Tengo muy en la memoria al tío Peregrín y á mi tía Catalina; ¡y cuántos recados me quedan todavía aquí dentro! De todos ellos os daré noticia por entero cuando nos veamos.

Lo que yo ruego otra vez á todos es que me encomienden á Dios muy de veras, y pidan me dé el don de la perseverancia hasta la muerte. Este favor quiero encomendar á todos mis amigos como mi última voluntad, y mi postrer adios.

Hijo rendido,

JUAN BERCHMANS.

Sigue una postdata puesta por el canónigo de Froymont al padre de Juan, que aún era presidente del consejo. Dice así: Sr. Presidente D. Juan Berchmans: suplico á v. m. aproveche la primera ocasión para venir aquí esta semana sin falta. De v. m. amigo

J. FROYMONT.

El sobrescrito de la carta, la única que le tiene, va de mano del santo, y es este: *A mi venerado padre Juan Berchmans, vive en la "Luna de oro,"—Diest.—Luego, luego, luego*¹.

¹ Este sobrescrito indica que el padre de nuestro Santo no se llamaba Juan Carlos, como algunos historiadores creyeron. En la calle de Beveren, sobre la puerta principal de una modesta casa que aún hoy día está en pie, se hacía reparar antiguamente una luna con este letrero en derredor: A LA LUNA DE ORO. Y sea que con el tiempo desapareciese la empresa y se trocase por un

Recibida la carta, Juan é Isabel tomaron inmediatamente el camino de Malinas. Así parece fué, puesto que los historiadores no acaban de asegurarlo. ¿Cómo decir lo que padecerían aquellos corazones para acabar de romper los vínculos que tan fuertemente los unían? Aquí las lágrimas hablarían lo que callaba el amor, y Juan, al ver las de su madre correr hilo á hilo, no sabría reprimir las suyas. ¡Cuántas heridas recibiría su tierno corazón en esta pelea incesante entre el cariño filial que á sus padres tenía, y el amor fuerte y perfecto que tenía á Dios. A todo, finalmente, hizo rostro con intrépido valor, siempre fiel, sin menoscabar la obra divina en hechos ni en palabras. La madre fué cobrando generosos alientos para hacer sin reserva el último sacrificio; tal vez presentía la afligida Isabel que no volvería á ver á su ángel en este penoso destierro.

Al padre costóle mucho más acabar de resignarse. Rogóle Juan le diese con el sí la última bendición. Al echársela, traspasado de dolor, no cesaba de llorar, y como lastimado del vivo sentimiento le diera á entender que no entregaría cosa alguna por su entrada en el noviciado, *Padre*, replicó, *si menester fuera presentarme á la portería del colegio desnudo aun de estos vestidos, me los quitaría ahora mismo porque no me fue-*

sol con el mote AL SOL MENOR, la cual figura al desaparecer también pudo dejar su nombre á aquella casa; ó bien sea que en 1616 el padre de San Juan hubiese cambiado de morada, el hecho indudable es que los dueños que se han sucedido en la casa del SOL MENOR han tenido en tanta veneración la memoria del santo joven, que todas las veces que hubieron de reparar el edificio, dejaron siempre intacto el aposento, que todos han llamado hasta ahora del Bienaventurado Juan; y en él, como en rico oratorio, satisface sus deseos la devoción de los fieles. Tiene 4,40 metros de largo sobre 4,34 de ancho y 2,27 de alto.

ran estorbo para seguir la voz de Dios. Heroicos sentimientos, que repetía dos días después al despedirse de su más íntimo amigo, Enrique de Vriese.—*Contábame*, dice éste, *las tentativas de su padre para impedir su vocación, y dándole yo la norabuena por su denuedo, súbitamente como inspirado levantó los ojos al cielo y exclamó: Pues qué, ¿volver yo las espaldas á Dios por asistir á mis padres? ¿Les estoy acaso más obligado á ellos que á Cristo que dió por mí la sangre de sus venas? No tal, no, Enrique, si este (y señalaba el vestido con acento de fuego) si éste me hubiera servido de impedimento, allí mismo le hubiera arrojado á los pies de mi padre, y desnudo hubiera seguido la Compañía de mi desnudo Jesús.*

¿Qué dirá la juventud de este pecho de bronce, que no se dejó mellar por los furiosos asaltos de la carne y sangre? ¿Qué pensarán de este desasimiento, en un joven de diez y siete años, aquellos que, oyendo en lo secreto de sus almas la voz imperiosa de Dios, quisieran, sí, seguirla, y siguiéndola serían dichosos, pero les faltan bríos para levantarse sobre sí y quebrantar los lazos que los enredan y sujetan á las criaturas? ¿Y querrán por desquite de su infidelidad la paz del alma? Si imitasen la fortaleza de San Juan Berchmans, ¡oh! ¡cómo verían sucederse á la primera victoria una carrera de triunfos de día en día más gloriosos! Cuáles fueron los de Juan después de esta campal batalla, lo dirá con el favor de Dios el libro siguiente.

